

# El rostro paralelo

**José Manuel Prieto**

*El tartamudo y la rusa*

Tusquets, México, 2002, 96 págs.

**Mauricio Montiel Figueiras**

En *Livadia* (1999), novela extraterritorial por excelencia, José Manuel Prieto (1962) se desdobra en J., o más aún, en J. P. o Joska, un cubano avecindado en Rusia –como lo fue Prieto– que ha “abandonado una vida normal, de aprendiz de escritor con varios fines de semana descargando carne en un frigorífico de San Petersburgo” –experiencia que recupera “Sin descansar ese verano”, uno de los cinco relatos de *El tartamudo y la rusa*– para lanzarse a las “aguas frías del contrabando”. En esas aguas nutridas por corrientes que llevan la acción de Estocolmo a Helsinki, de Estambul a Odessa, y en las que se perfila siempre la figura del doble –fundamental para Prieto–, el protagonista se topa con Stockis, un excéntrico empresario sueco al que le vende un par de *night vision goggles*, esos visores producidos “para equipar a las tropas de asalto del Ejército Rojo” y que sirven lo mismo para pilotar helicópteros que para “observar el vuelo nocturno de algunas mariposas, sus irisadas alas”.

La alusión lepidopterológica se expande hasta convertirse en un motor de la novela gracias a que Stockis contrata a J. para conseguir un ejemplar de la *Yazikus euxinius*, una codiciada mariposa que “vuela de finales de mayo a principios de septiembre” y que deposita al centro de la cartografía móvil de *Livadia* a uno de los dioses tutelares de Prieto: Vladimir Nabokov, cuya influencia benéfica cristaliza tanto en Vladimir Vladimirovich, el amigo de 75 años oriundo de San Petersburgo que envía a J. “los epistolarios que [consulta] para escribir [su] respuesta a V.” –el objeto del deseo que impulsa la trama–, como en V. V. Sirin, el autor de *Mariposas diurnas y nocturnas del imperio ruso*, un libro de 1895 que el protagonista compra para orientarse en su cacería. (Hay que acotar que *Sirin*, nombre que designa a la vez un pájaro de las fábulas rusas y cierto tipo de halcón, es el seudónimo que Nabokov eligió para firmar varios de sus textos de juventud.) Visores nocturnos y lepidópteros, así pues, son dos claves para acceder a los enigmas entretejidos en los flujos y contraflujos que alimentan *Livadia*. Si, según leemos hacia el final de la novela, “debemos ver a Humbert Humbert [...] como a un cazador que persigue a un ejemplar de la familia *nymphalidae*, subyugado por el perfume que secretan sus glándulas ventrales” –la *nymphula*, palabra asignada a Lolita–, entonces

podríamos aplicar la misma definición a J.: estamos ante un cazador que, armado de unos *goggles* que aclaran la visión narrativa y de una suntuosa red verbal, deambula por el texto en pos de los rastros de sus antecesores –las referencias culturales y literarias– y de mariposas que encarnan en mujeres: V. o Varia, en este caso, un ejemplar único al igual que las otras integrantes del elenco femenino que puebla la obra de Prieto.

Me he detenido en *Livadia* porque creo que afina y desarrolla algunas vetas exploradas en *El tartamudo y la rusa*, libro publicado originalmente en 1996 bajo el título *Nunca antes habías visto el rojo*. Una de esas vetas es la experiencial, apuntalada por el uso de la primera persona y patente sobre todo en relatos como “My brave face (Rusia, 1983)”, donde el protagonista es un escritor en ciernes que viaja en un tren rumbo a Siberia occidental, la región en la que Prieto estudió ingeniería; “Muerte en el lago”, cuyo narrador se llama José, y “Nunca antes habías visto el rojo”, especie de autobiografía en clave frívola que junto con “El tartamudo y la rusa” conforma el dueto más logrado del volumen. Pero los vínculos entre ambos libros van más allá: V., la corresponsal que detona el examen y la crítica del género epistolar que propone *Livadia*, se insinúa en Alfía, la mujer con la que el protagonista de “My

brave face...” tiene un *affaire* a bordo del tren y que destaca por su “asombroso dominio del arte epistolar”; las dos son pelirrojas al igual que Elena, la hermosa sumisa de “El tartamudo y la rusa”. Continuemos: Alfía refleja a Alfía, la joven que trabaja en la oficina de correos de Livadia; el acento que se desplaza de la “i” a la “a” apaga de algún modo la voz de la muchacha, que al ser una tártara muda evoca lúdicamente la tartamudez de Jorge Torres, el encargado de narrar el cuento dentro del cuento en “El tartamudo y la rusa”. Y para concluir: al pasar por primera vez frente al Saray, el antro de Estambul donde V. se gana la vida como bailarina de *table dance*, J. escucha “los acordes finales de mi canción preferida de aquel año”; acordes que parecerían provenir de “Nunca antes habías visto el rojo”, texto en el que el narrador invita a su amiga Marina a bailar a un club: “Recuerdo bien ese baile, pues varias veces, durante la madrugada, pusieron nuestra canción preferida de aquel año.”

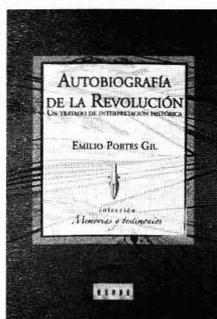
Alfía, señala el protagonista de “My brave face...”,

era el rostro paralelo más bello que yo hubiera visto nunca. Digo paralelo porque su belleza provocaba un efecto similar al del rostro ingenuo de una muchacha simplemente hermosa. El suyo, sin embargo, era un rostro trabajado por una tradición.

Este rostro paralelo es el que descubre Prieto con ayuda de sus *goggles* narrativos, que exponen las huellas de toda una tradición literaria al tiempo que revelan la urdimbre del relato, el célebre metatexto. Para comprobarlo ahí están la crítica que

la propia Alfía hace del cuento que acabamos de leer; la referencia a *Juego de abalorios*, de Hermann Hesse, que sobrevuela “Muerte en el lago”; el arranque a la Henry James y las citas a múltiples autores—Thomas Mann, Iván Turgueniev, Agatha Christie, Julio Cortázar, Marcel Proust, León Tolstói, Mijaíl Sholójov, Iván Bunin, Robert Musil— que elaboran una suerte de correlato a pie de página en “El tartamudo y la rusa”; los comentarios del narrador a la breve anécdota de “Nunca antes habías visto el rojo”, que terminan por dar sentido a la “feliz unión [...] de lo trivial con lo sublime” que se analiza. De una nitidez envidiable, la visión de Prieto registra asimismo otros rostros paralelos: el de Rusia, que se perfila como patria de encuentros y desencuentros; el de la relación amorosa, que el narrador que ocupa el lugar del narrador de “El tartamudo y la rusa” resume en una frase: “Amar significa un compromiso tan grande que la mayoría de las gentes se desentienden de él, despavoridos”; y por último el de las mujeres, esas criaturas “esplendorosamente bellas que en Moscovia conforman un *continuum*” y que son representadas por la Alfía de “My brave face...”, la María de “Muerte en el lago”, la Elena de “El tartamudo y la rusa” y la Marina de “Nunca antes habías visto el rojo”, cuarteto de lujo que remite—de nuevo— a las mariposas de Nabokov. “Abordé el problema de la oscuridad—dice J. en *Livadia*—, que era precisamente el problema que los *goggles* estaban destinados a resolver.” Gracias a una mirada diáfana, José Manuel Prieto también ha resuelto este problema que enfrentan varios escritores de su generación y de paso ha detectado el rostro paralelo, luminoso, que ofrece la literatura. ●

Instituto  
Nacional de  
Estudios  
Históricos de la  
Revolución  
Mexicana



Autobiografía de la Revolución. Un tratado de interpretación histórica, por Emilio Portes Gil



Apuntes autobiográficos, por Alberto J. Pani



Galatea rebelde a varios pigmaliones. De Obregón a Cárdenas, por José Manuel Puig Casauranc



Memorias de don Adolfo de la Huerta, según su propio dictado, transcritas y comentadas por Roberto Guzmán Esparza

## COLECCIÓN MEMORIAS Y TESTIMONIOS

La recuperación de escritos surgidos de la pluma de actores principales de los más importantes acontecimientos del siglo XX mexicano

